

“Más allá de la experiencia: novela y valores artísticos”

Jerrold Levinson (2015) ha defendido recientemente que los valores artísticos de una obra musical pueden ser valores más allá del valor experiencial (“*values beyond the experiential value*”) de dicha obra, esto es, del valor que implica necesariamente la experiencia receptiva del espectador. Esos valores son el *valor-de-influencia*, el *valor-de-solución-de-problemas*, el *valor-de-originalidad*, el *valor-de-interpretación* y el *valor-del-compositor*. El objetivo de mi aportación es reflexionar sobre la posible aplicación de esa misma idea a la literatura, y más concretamente a la novela. Mi hipótesis de trabajo es que, en línea con la tesis de Levinson, la aplicabilidad (aun particular y parcial, como veremos) de estos valores a la literatura confirma y refuerza la centralidad de lo experiencial (el “valor intrínseco a la experiencia”) en el valor artístico, lo que es perfectamente compatible con el reconocimiento de valores “más allá de la experiencia”.

Una parte fundamental de mi propuesta consiste en encontrar ejemplos literarios (novelísticos, en concreto) que sirvan de paralelo y complemento de los escasos ejemplos musicales que Levinson aporta al explicar estos tipos de valores *ultra-experienciales*. Otra parte crucial es evaluar las constricciones que impone el objeto novela a la hora de aplicarle los tipos de valor de Levinson.

Centrándome en dichos tipos de valor:

El *valor-de-influencia* es el impacto que una obra musical tiene para mejorar el curso futuro de la música. Algunos ejemplos que pone Levinson en música son la *Heroica* de Beethoven o la *Consagración de la primavera* de Stravinsky. En ellos, el valor artístico va más allá del valor, sea intrínseco o instrumental, de la experiencia que proporciona la obra. Es fácil encontrar casos equivalentes en el medio novela: el *Quijote*, *A sangre fría* o *Ulises* son obras cuyo valor radica también en su potencia revolucionaria y su influencia dentro de la evolución del medio novela.

El *valor-de-solución-de-problemas* supone que “parte del valor artístico de una obra musical puede residir en los problemas que es capaz de resolver bajo ciertas constricciones, formales o expresivas”. No es difícil encontrar paralelos novelísticos, aunque en este caso Levinson no pone ejemplos musicales. Las novelas cortas de Chéjov son, quizás, el resultado de conciliar las cualidades de “un velocista, no un corredor de fondo” (según consideraba Nabokov a Chéjov) con la necesidad de inventar “una nueva modalidad narrativa en la que la extensión no venía dictada por convenciones genéricas sino por la propia materia del relato [...], por captar el tiempo y reflejarlo narrativamente, sin otro calendario que el que marcan las propias acciones -e inacciones- de los personajes” (como dice su traductor Víctor Gallego). Eso no impide que algunos juzguemos las novelas largas de Chéjov como literariamente menos logradas (menos valiosas, en suma) que sus cuentos.

El *valor-de-originalidad* implica que “parte del valor artístico de una obra musical puede radicar en su originalidad o innovación respecto a la tradición que le precede”. Aunque puede estar relacionado con la experiencia que la obra proporciona, la originalidad, en tanto que propiedad relacional compleja, “resulta ser de valor en un modo que va más allá de la apreciación de esa originalidad” al “compararla también frente al contexto en que emerge, sus prototipos y antecedentes”. El valor de originalidad de una obra no va siempre parejo a un valor de influencia efectivo. Y de nuevo, a pesar de la ausencia de ejemplos musicales en el texto de Levinson, no es

difícil pensar en ejemplos novelísticos como Ángel Vázquez (*La vida perra de Juanita Narboni*) o Clarice Lispector (*La pasión según G.H.*).

El *valor-de-interpretación* implica que “parte del valor artístico de una obra musical puede resultar ser fuente de placer para sus ejecutores al sortear sus dificultades, o como un vehículo para la exhibición de su sensibilidad y gusto”. La novela carece del carácter performativo propio de la música. No obstante, el análisis literario ofrece valores que pueden ser comparables al menos al tipo de análisis (si no a la ejecución) que exigen (o permiten) determinados pasajes u obras musicales, independientemente de su valor de escucha (de lectura, en el caso de la novela). Propondré algunos ejemplos en mi intervención.

Levinson añade a pie de página un último tipo de valor: el *valor-del-compositor*, cuando una obra funciona “como modelo para otros compositores de formas, técnicas o procedimientos para concretar los objetivos evaluables artísticamente”. Pese a la escueta caracterización de Levinson y la ausencia de ejemplos, trataré de encontrar paralelos novelísticos, por ejemplo, en la introducción de técnicas narrativas como el estilo indirecto libre, el monólogo interior o la corriente de conciencia.

A pesar de la relación normal conjunta entre valor experiencial y valor más allá de la experiencia que suscitan obras como estas, nada impide que podamos pensar en casos de desajuste entre estos dos tipos de valores. Por ejemplo, *Ulises* resulta una experiencia literaria ardua, y muchas veces inconclusa, en buena parte de los lectores (incluso ilustrados), pero pocos negarían su influencia revolucionaria en el modo de escritura novelística de los siglos XX y XXI. Y si pensamos en autores cuya influencia se haya extendido más allá de los desarrollos “cultos”, estoy seguro de que la influencia de Poe, Mary Shelley, Bram Stoker o Henry James va más allá de los escritores que sí tuvieron la experiencia efectiva de leer sus obras, sobre todo porque el conocimiento de estos autores se ha difundido a través de medios indirectos (como puedan ser el cine, el cómic, la televisión o las adaptaciones juveniles).

Levinson muestra también cómo en todos estos casos de valores *ultra-experienciales* la experiencia estética (y el valor *intrínseco*, por tanto) está, si no exigida, sí comúnmente implicada. No es extraño que Levinson acepte estar “de acuerdo en que el valor artístico de una obra musical proviene fundamentalmente del valor intrínseco de experimentarla sabiamente”. Mi reflexión sobre la novela corroborará esa idea.

Referencias:

Levinson, Jerrold (2015). “El valor de la música” en *Contemplar el arte. Ensayos de estética*, Madrid, Antonio Machado Libros, pp. 211-236, (orig. ingl. 2006).

Palabras clave: novela, valor artístico, experiencia estética, literatura.